

Declaraciones de Blasco Ibáñez

(*El País*, 13-2-1915)

He aquí las que el ilustre escritor ha hecho, requerido por una importante publicación francesa.

«Toda nuestra obra tiende a demostrar las tres verdades siguientes:

Alemania es la única responsable de la guerra actual;

Alemania es un peligro para la tranquilidad universal y por consiguiente para la civilización, que no puede vivir y extenderse más que al amparo de la paz y de la libertad política;

El mal que hay que extirpar, más aún que el militarismo prusiano, es la filosofía de la fuerza, preconizada con una audacia cínica por el profesor Treitschke y su discípulo el general Von Bernhardi.

De esta filosofía, que yo llamo «filosofía de estado mayor», se deriva el gran peligro que amenaza al mundo. Esta filosofía enseña que el Estado es la forma perfecta donde necesariamente debe converger toda sociedad humana y que fuera de él nada existe. Todo debe someterse ciegamente a su voluntad, o más bien, debe ser absorbido por él. Los tratados, las palabras empeñadas, el derecho de los pueblos, nada de esto tiene ningún valor cuando el interés del Estado se opone a ello. Todo el poder del Estado debe basarse en la fuerza, en su espada, y esta espada es el «vehículo de la civilización». Esta filosofía está fundada sobre dos enormidades: no reconoce la santidad de los deberes internacionales y no ve en los tratados más que «pedazos de papel»; glorifica la guerra llamándola santa y divina. Treitschke saluda la guerra como la única fuerza que constituye las naciones, como el único medio para regenerarnos y arrancarnos a un individualismo egoísta, como el derecho supremo, como un presente que nos envía Dios, como una medicina salvadora que purga a la humanidad.

Estoy menos indignado por la barbarie de los soldados alemanes en la guerra actual, barbarie digna de los tiempos prehistóricos, que por la nueva filosofía de estos apóstoles de la fuerza, que han llegado a envenenar la inteligencia de un pueblo de setenta millones de habitantes, consiguiendo además adeptos en los otros países, entre snobs, siempre dispuestos a aceptar la última moda de los gustos y de las opiniones, simplemente por su vanidad.

La barbarie militar con sus crímenes, no es más que una consecuencia de esta filosofía que hace la apoteosis de la fuerza, despreciando el derecho. Es, pues, ante todo,

esa filosofía, lo que hay que «extirpar hasta en sus raíces». Contra ella se han dirigido con el mismo impulso Francia e Inglaterra.

Francia desempeña el mismo papel que en tiempos de la Revolución y depende una vez más los principios sagrados de la libertad humana.

Inglaterra, lo mismo que hace cien años, lucha por la destrucción de un imperio que es un peligro para el mundo, lo mismo que luchó para destruir el imperio de Napoleón.

Alemania, por el contrario, ha cambiado su papel.

En 1814, combatía por defender su propia libertad; ahora lucha por arrebatarse la libertad de los que cree más débiles que ella; y en su desmedida ambición, para imponer al mundo su dominación, sus ideas, su pretendida cultura, esclavitud de cuerpos y almas.

Antes, el pacifista Kant y el noble Goethe eran sus guías; ahora tiene por directores a Treitschke, von Bernhardi y consortes. Algunos partidarios de estos incendiarios de universidades, que tratan de bandidos a los que defienden sus hogares, invocan el pasado absolutista de Rusia y su carácter semi-asiático para demostrar que la causa de los aliados no puede ser la de la civilización y la de la libertad.

El solo hecho que Rusia vaya al lado de la liberal Inglaterra y la democrática Francia demuestra el escaso fundamento de este reproche. Este sería justo si el imperio ruso marchase al lado del imperialismo alemán, puesto que hubiera demostrado con ello la persistencia en sus aspiraciones absolutistas.

Por lo demás, los alemanes no siempre han despreciado a los rusos; en el siglo XIX, en una época en que Rusia estaba menos civilizada que ahora, los alemanes buscaron su apoyo e hicieron varias guerras concertadas con ella. Hace unos veinte años, Alemania intentó, poniendo en juego toda clase de adulaciones, concertar la alianza con Rusia, y el káiser intentó en vano casar una de sus hermanas con el zar.

Además, Alemania, ¿en qué es políticamente superior a Rusia? En muchos aspectos, por no decir en todos, el súbdito de Guillermo II no puede considerarse más libre que el de Nicolás II.

También había mucho que decir sobre la «barbarie» rusa. Esto es uno de los muchos clichés que explica la ignorancia. Este país, mal llamado bárbaro, tiene numerosos sabios que se han distinguido, no solamente por la profundidad de sus conocimientos, sino además por la originalidad, mérito poco común en la Alemania actual, país de eruditos acumuladores de datos. Este país, llamado bárbaro, ha

conquistado la admiración del mundo literario en el siglo XIX, con las obras maestras de los Dostoievski, de los Gorki, de los Tourgueniev, de los Tolstoi y tantos otros que no tienen rival digno de ellos en la Alemania de Guillermo II y de Treitschke.

Además, aunque los rusos fueran realmente unos bárbaros, ¿en qué disminuiría esto la justicia de la causa a la cual prestan el apoyo de sus armas?

Cuando los pueblos se encuentran en la dura necesidad de matar para defenderse, no se debe tener en cuenta más que las razones de la guerra y los procedimientos empleados para conducirla a buen fin; poco importan el color, la raza o los antecedentes de los hombres que luchan al amparo de la misma bandera.

Atenas, la madre inmortal de la civilización, no titubeó en aliarse varias veces con los que ella llamaba «los bárbaros» para destrozarse la ambición de la verdadera barbarie, la barbarie del imperio asiático, que quería dominar al mundo, fuerte por su inmensa extensión, por su poder material, por su riqueza fabulosa, por su mecanismo despótico que por aquella época era «colosal»; y, sin embargo, sucumbió ante el genio de esta ciudad, compuesto de sencillez, de inteligencia, de humanidad y de heroísmo.»